

El pasado y el futuro de Aliança Catalana

PAOLA LO CASCIO

A pesar de que durante mucho tiempo hubo toda una serie de opinadores cercanos a las tesis independentistas que sostenían que era imposible que brotase una fuerza de extrema derecha del fracaso de la llamada *revolta dels somriures* —la “revuelta de las sonrisas”, como se llamó a la movilización independentista que culminó en 2017 y que, supuestamente, tenía que mover el conjunto del cuadro político catalán hacia la izquierda—, finalmente acaeció.

Los resultados obtenidos por Aliança Catalana en las últimas elecciones autonómicas son solo aparentemente modestos: con el 3,78% de los votos, ha conquistado dos diputados, uno por la circunscripción de Girona (donde se presentaba su líder y alcaldesa de Ripoll, Sílvia Orriols, que obtuvo el 9% de los votos) y otro por la de Lleida (donde cosechó el 7,7%). En Barcelona consiguió menos del 2,9% y en Tarragona un 3,5%, aunque en el caso de la capital se quedó a muy poco de lograr representación. Un estreno con fuerza, sobre todo a la luz de dos elementos. El primero: las fuerzas que abogan por la independencia suman el 43% de los votos, y el voto a la ultraderecha de Aliança Catalana representa un 8,8% de ese total. El segundo: donde el voto nacionalista catalán e independentista ha sido históricamente más fuerte, los registros de los de Orriols son espectaculares, empezando por Ripoll, donde suma el 33% de los sufragios (y el 25% en el conjunto de la comarca). Pero en todas las zonas de alta concentración independentista, Aliança Catalana obtiene resultados muy consistentes: por encima del 8% en la Garrotxa, Alt Empordà, Pla d'Estany, Osona, Bages, Berguedà, Lluçanès, Berguedà, Cerdanya, Solsonés, Noguera, Pla d'Urgell y Urgell.

Esto hace pensar en un cierto giro a la derecha del electorado independentista como colofón de la agitada década secesionista. Tiene que ver con dinámicas locales (el descontento por la acción de los principales partidos del *procés*, en todas sus versiones: los flujos de votos indican que Aliança Catalana pesca de todas las formaciones *indepes* sin excepción), pero también con dinámicas de un alcance más

amplio. Así, el partido de Sílvia Orriols no deja de ser el resultado de la fórmula que, en muy diferentes partes del mundo, conjuga elementos de la cultura política local con una agenda de carácter global.

Aliança Catalana bebe de las tradiciones más esencialistas, que también existieron dentro del magma del nacionalismo conservador catalán hegemónico durante los años del pujolismo. Y no solo porque algunos de sus dirigentes importantes —como Jordi Aragonès, que iba de segundo por Barcelona y se quedó fuera del hemicycle— han reivindicado explícitamente la figura del antiguo presidente de la Generalitat o porque comenzasen su militancia en la Unió Democràtica del alcalde de Vic Josep Maria Vila d'Abadal, quien ya por

Hay elementos que conectan este partido con la agenda política de la extrema derecha global

2010 negaba el empadronamiento a personas migradas sin papeles. En sus mensajes también se pueden encontrar algunos *leit-motivs* de esa cosmovisión: la conceptualización de Cataluña como nación milenaria, la desconfianza hacia el fenómeno metropolitano, las posiciones liberales en términos de fiscalidad o la defensa del “derecho de los padres” a elegir la enseñanza de sus hijos, que no deja de ser la base ideológica

del modelo de educación concertada construido en la época pujolista (y nunca revertido por gobiernos de otros colores).

Por otra parte, hay distintos elementos que conectan claramente con la agenda política de la extrema derecha global. La negación de la importancia de la emergencia climática, la adopción de la teoría conspiratoria del gran reemplazo, la animadversión hacia las personas migrantes y, más específicamente, la islamofobia —que es el carácter realmente distintivo de esa propuesta política— son buena prueba de ello.

Sin embargo, como ha señalado con acierto Steven Forti en su ensayo *Extrema derecha 2.0* (Siglo XXI), y aunque compartan agenda común, todos estos partidos ultras presentan diferencias entre ellos que responden al contexto en que se desarrollan y a la capacidad de conectar con narrativas compartidas por sectores amplios de la población. En este sentido, Aliança Catalana, en el contexto de una sociedad altamente secularizada y liberal en lo que se refiere a los derechos civiles, se aproxima más a los moldes de la nueva extrema derecha de tipo francés. Así se tiene que leer, por ejemplo, la apuesta por una actitud formalmente respetuosa con los derechos de las mujeres o de las familias LGTBI, que acaba siendo, como en el caso del partido de Marine Le Pen, la palanca a través de la cual, una vez más, se ataca a las personas migrantes y, concretamente, a aquellas de religión musulmana, presentadas como una amenaza contra estos derechos.

La andadura de Aliança Catalana en el Parlament acaba de empezar y es pronto para saber si es un fenómeno llamado a crecer o no. Habrá que prestar atención a su capacidad de ampliar su estructura —ahora que cuenta con recursos y visibilidad— y, sobre todo, a su capacidad de condicionar la agenda de la derecha “convencional”. En el conjunto de España, la aparición de Vox ha ido condicionando sobremedida las posiciones y los mensajes del PP. Ahora veremos si sucede lo mismo —y en qué medida— con Aliança Catalana y Junts.

Paola Lo Cascio es historiadora, politóloga y profesora en la Universidad de Barcelona.

FLAVITA BANANA



MARTA PEIRANO

Identidad, pertenencia, comunidad

He visto docenas de veces *Lo que el viento se llevó*, y hay una escena que desde niña me causa estupefacción. Es durante la barbacoa de Twelve Oaks, en mitad de la fiesta en la que Escarlata O'Hara tortura pretendientes, duerme la siesta en pololos, acosa al novio de su prima Melita y conoce a Rhett Butler. Cuando llega la noticia de que ha estallado la guerra y los muchachos saltan y se abrazan como si les hubiese tocado la lotería.

Miramos la escena con ojos llenos de ironía retrospectiva. Los jóvenes terratenientes creen que les espera una victoria gloriosa porque el honor, el heroísmo y los grandes valores del Viejo Sur son más poderosos que los cañones del norte.

También creen que un Gobierno corrupto atenta contra su libertad tratando de abolir la esclavitud. Sabemos que la historia no les da la razón. Pero yo no entendía que la guerra misma podía ser celebrada como un acontecimiento feliz por gente rica y relativamente civilizada. Hasta que leí el *Equivalente moral de la guerra*, la conferencia que William James leyó en la Universidad de Stanford en 1906.

“La guerra moderna es tan costosa que consideramos el comercio como una mejor vía para saquear”, observa James. “Pero el hombre moderno hereda toda la belicosidad innata y todo el amor por la gloria de sus antepasados. Mostrar la irracionalidad y el horror de la guerra no tiene ningún efecto sobre él. Los horrores son lo

que lo fascina”. Esa fascinación es inversamente proporcional a la experiencia directa con la guerra de una muchachada sureña intoxicada por la gloria de los héroes de la Revolución Americana y las gestas medievales. Pero también a la existencia de espacios donde un hombre puede demostrar lo que tiene dentro y aprende a ser útil a su comunidad.

“Todas las cualidades de un hombre adquieren dignidad cuando sabe que el servicio de la colectividad que lo posee las necesita”, escribe James. “Si se enorgullece de la colectividad, su propio orgullo aumenta en proporción”. Lo vemos en los deportes de equipo, en los programas de Alcohólicos Anónimos. Lo dicen los neurobiólogos, los filósofos y los académicos del bienestar. Necesitamos lugares donde construir los tres pilares de una vida plena: identidad, pertenencia, comunidad. A ser posible sin perseguir a nadie, sin matar o morir.

La guerra siempre tiene profetas. “Las naciones nunca son estacionarias”, decía el

general Homer Lea. “Necesariamente deben expandirse o encogerse, según su vitalidad o decrepitud”. “Es la forma esencial del Estado”, decía el sociólogo S. R. Steinmetz. El economista Simon Patten decía que “la humanidad fue criada en dolor y miedo, y que la transición a una *economía del placer* podría ser fatal para un ser que no tiene poderes de defensa contra sus influencias desintegradoras”. Patten fue el primero en observar el advenimiento de la sociedad del consumo y augurar algunas de las complicaciones. Pero el capitalismo no es equivalente a la paz.

No conocemos la clase de guerra que definió la primera mitad del siglo XX. Ni siquiera hacemos el servicio militar. Nuestra proximidad a la guerra es escasa, aunque la veamos cada día. Unos nos buscamos en manifestaciones que John Berger llamaba “ensayos para la revolución”. Otros se buscan en la manosfera, qAnon, la brigada antivacunas, MAGA y Alvise. Todos queremos lo mismo: identidad, pertenencia, comunidad.